

pierta la estrella, vería ese observador como a través de un velo, como se nos ofrecen las imágenes en los sueños, la llanura inmensa y la bruma aparecer a sus pies, ensanchándose lentamente en la vaguedad nocturna, y borrando por grados bosque, collados y céspedes, a medida que avanzase la noche, hasta invadir todo el espacio. En esa hora sombría en la que se cree ver que huyen los objetos tomando formas extrañas, le sumiría en éxtasis ver dormidos esos campos en los que cada piedra encerró un ruido. ¡Cómo prestaría oído a los rumores indecisos! ¡Cómo se imaginaria ver figuras sentadas en los arbustos inclinados, en los árboles que están a la orilla del agua, en los lienzos de los muros acariciados por los cañares! ¡Cómo buscaría la vida en esa tumba suprema! Pero no, todo estará muerto. No habrá ya en esa llanura más que un pueblo desvanecido; se habrán apagado los ojos de los hombres y sólo quedarán vivos los ojos de Dios. Sólo se mantendrán en pie un Arco, una Columna, y allá abajo una iglesia semi-hundida entre la bruma.

* *

¡Qué espectáculo! ¡Así perecen las obras de los pueblos! El pasado es un abismo profundo. Para ese transeunte tendrá gran interés nuestra historia, sobre todo si despertando de repente, su

memoria le recuerda esa noche, una de nuestras grandes noches, víspera de nuestros grandes días, en la que el emperador, evocando un mañana glorioso, se dormía esperando ver la aparición del alba de su victoria.

* *

Cuando ese viajero, hacia media noche, fatigado por sus propios pensamientos, cansado de oír los mil rumores de ese mundo desaparecido; después de estar apoyado de codos mucho tiempo en las orillas de esa nada inmensa, haya tomado el camino de regreso; cuando en ese enorme desierto, no hollado por los pasos humanos, nada inquiete el rubor que Roma o París arruinados deben sentir ante los hombres; si algún ser animado vela todavía en la soledad de la llanura, verá quizás de repente saltar de tu frente un pálido relámpago y en lontananza la Columna estremecerse y contestar, y sus soldados de cobre y tus soldados de piedra ¡oh Arco! abrir con lentitud sus pesadas pupilas y admirablemente entrechocarse. Entonces, el águila de metal dormida en tu soberbia cima, incorporándose de súbito sobre sus héroes, cuyas pupilas están encendidas, sacudirá sus alas eternas.

¿Por qué despertarán? ¿de dónde saldrán esas claridades, y el viento, que soplando sobre los guerreros esculpados, hará que se muevan y que se agiten, como las

hojaz de la encina? Dios únicamente lo sabe y nadie puede penetrar sus misterios. Los guerreros se dirán unos a otros en voz baja: —«¡De piel!» y los del noventa y seis y los del mil ochocientos once, los que levantan hasta las nubes la espiral de bronce, los que liga a la tierra el zócalo de granito, todos arrastrando al combate a los caballos que relinchan, a las banderas que ahueca el viento y a los rodantes cañones, se lanzarán en tropel a encontrarse en empeñada refriega. Entonces se oirá en tus muros el sonido de los clarines; las bombas, los tambores, el galopar de los escuadrones, los gritos y el tumulto y el estruendo de la batalla, saldrán confusamente de las pierdas cinceladas, y desde la base hasta la cúspide del enorme pilar se oirán los rugidos y los clamores de cien batallas. De pronto, anadando al enemigo vencido, sonarán los cánticos de la victoria, y las aclamaciones se contestarán desde ti hasta la Columna. Luego reinará en vosotros dos profundo silencio, el rumor festivo del triunfo llenará el valle, y a los lejos, Nuestra Señora, envuelta en la bruma, iluminando su cruz, como si fuese un lábaro, os cantará en la obscuridad un vago *Te-Deum*.

* *

¡Ilustre monumento! ¡Te aquí el inmenso desvarío que haces brotar en la fantasía del poeta;

Arco, hoy guerrero, ayer religioso; sueño bosquejado en la piedra, puerta milagrosa de un palacio de gigantes; cuando de polvorosa hiedra cubro tus esculturas, cuando veo en el fondo de las épocas futuras la lista de los héroes que te adornan relucir y brillar a través del ramaje frondoso de los años, como a través de las hojas de los árboles brillan las estrellas, entonces inclino la frente ante tu grandeza y te admiro; pero hijo cariñoso y visitador artístico, lamento, Arco sublime, que Fidias haya muerto y que hayas olvidado a mi padre.

2 de febrero de 1837.

V

DIOS ESTÁ SIEMPRE ALLÍ

I

Cuando el verano llega, el pobre está satisfecho; el verano es la estación de los calores; en él el aire es tibio y la aurora es fresca; el verano es la mirada de Dios.

* *

En el verano la noche es diáfana y semejante al día claro y límpido; la tarde se tiñe de dorados resplandores, la llanura parece de oro y se oyen cánticos en los aires.

* * *

En verano, desvelada la naturaleza, difunde la vida por todas partes, en el árbol vistiéndole de espesas hojas y en el hombre colmándole de beneficios.

* * *

Todas las sombras parece que dicen a una voz:—«Viajero, ven aquí a descansar!» La naturaleza entonces envía sonrisas al alba y besos a las olas.

* * *

Esconde, cubriéndola en las espesuras, lejos del mundo burlón y sordo, una lira en cada bosque y un oído en nuestro corazón

* * *

La vida y alegría a los pobres que salieron del invierno; vierte sobre ellos a plenas manos la luz del sol desde un cielo puro, y parece que les diga:—«¡Vivid!»

* * *

En las chozas, en las cabañas, despreciadas por los que habitan las ciudades, alegre la naturaleza hace brotar muchas flores, para venderlas en los palacios.

* * *

Este es el lujo de las moradas pobres; las flores candidas no temen perder sus perfumes ni

ensuciar sus cálices con el contacto de los andrajos de los desdichados.

* * *

En la enredadera florida de un techo los jazmines se abren y se posan y la flor de lis a nadie desprecia, ella que podría despreciar a todos.

* * *

Entonces, la casucha donde el musgo se ostenta entre la modesta paja muestra con cariñosa dignidad las viejas paredes bordadas de rosas.

* * *

Los luminosos rayos del alba, llegando hasta las obscuridades de la casucha, producen la ilusión de que es de oro la tela de araña, extendida entre las vigas del techo.

* * *

El alma del pobre entonces esta contenta, bendice y aclama a Dios, de quien percibe el hálito celestial en todos los soplos de la mañana.

* * *

El aire le alegra y le reanima;

goza del ambiente de la primavera: canta un pájaro en su ventana y la alegría canta en su corazón.

* * *

Entonces, si el huérfano se despierta sin tener hogar ni madre, y reza a Dios, oye una voz misteriosa que le dice al oído:— «¡Ven bajo mi dosel azul!»

* * *

«El Louvre es igual a las cabañas bajo mi pabellón celeste; ven bajo el cielo lleno de luz, ven bajo el cielo cuajado de zafires.

* * *

«Conoci a tu padre y a tu madre en sus tiempos felices y en sus tiempos desgraciados; trabajosa fué su vida, pero yo fui siempre tierno para ellos.

* * *

«Yo cubrí sus sepulturas de floridas hierbas que las adornan y defienden; ven, yo soy la naturaleza; soy tu abuela, y tú eres mi nieto.

* * *

«Produzco abundantes rosas y riquísimas frutas; de ellas te llenaré las manos; hablaré cariñosamente contigo y tú me sonreirás.

* * *

«Deseo ver tu sonrisa, pobre niño, que estás triste y eres muy

hermoso; sonríete, y yo iré a decirselo a tu madre en su tumba.»

* * *

El niño, oyendo esta voz cariñosa, olvida que es un ser abandonado en la tierra, y descende lleno de alegría desde las colinas a los bosques.

* * *

Contempla placentero en ellos que el árbol tiene frutos, que la hierba tiene flores, y ve como juegan los pájaros en las altas ramas de las encinas.

* * *

Se mira la cara en un remanso del arroyuelo; desaparece su tristeza; los matorrales le detienen al pasar y se sienta a jugar con las piedras.

* * *

Por la noche, al regresar al albergue, donde suele dormir, no le recibirá la dueña riñéndole; le embelesan tanto las estrellas, que se acuesta y se duerme a su resplandor.

* * *

—«Duermete tranquilamente, que Dios te despertará.»—Sale la luna y le acaricia con más suavidad el sol.

* *

La luna nos invita a descansar de nuestros trabajos y de nuestros dolores; hace brotar los sueños, y el sol sólo hace que se abran las flores.

* *

Cuando el pajarillo oculta su nido entre las colgantes ramas; cuando seca al sol sus plumas todo mojado canturrea.

* *

Me he imaginado con frecuencia en mis vigilias que la pródiga naturaleza dedica en voz baja sus maravillas a aquellos que padecen durante el invierno.

* *

Es buena para todos, aun para el malvado; Dios se lo permite; pero sobre todo es cariñosa para con el pobre, que era el predilecto de Jesucristo.

* *

Siempre serena y majestuosa, regala al agosto indigente sus dones de reina magnífica y le prodiga sus cuidados de esclava inteligente.

* *

¿Tiene hambre el pobre? La naturaleza dice a la rama:—«Cae,

fruto dorado.» ¿Tienes sed?—«Corre, arroyuelo.» ¿Tienes frío?—«Vivifícale, sol.»

II

Pero ¡ay! julio está ya tocando a su fin, y disipándose el estío, cae hoja a hoja en la hierba y día por día en el pasado.

* *

El octubre le hace perder sus resplandores, y los bosques, en sus azules perspectivas, cubren de rojizo color las frías espaldas de los collados.

* *

El invierno aparece entre innumerables nubes y lanza del cielo al verano, semejante al tiempo ese segador sombrío que va siempre en pos del sembrador eterno.

* *

Entonces el pobre se espanta y reza, porque en el invierno duerme Dios, y el hambre lívida y flaca tiembla rondando junto al hogar apagado.

* *

Cree ver que una mano de hielo, mutilando el día y obscureciéndolo, arrebató todos los frutos de los árboles y todos los rayos del cielo.

* *

Llora al ver muerta la naturaleza, al tener que sufrir la ruda ley del invierno. De repente un ángel abre la puerta del tugurio y exclama sonriéndole al pobre:—«Soy yo.»

* *

Este ángel tembloroso, que da, es la limosna, de ojos tiernos, de frente cándida, semejante a la fe, que es hermana suya.

* *

—«Yo soy la caridad, la amiga del indigente que se despierta antes de que amanezca, cuando la naturaleza está aún adormecida, y a quien Dios dice:—«A ti te toca.»

* *

«Vengo a visitar tu cabaña, que tan triste está en invierno; soy la hija de la oración y abro las manos con mucha facilidad.

* *

«Acudo porque es cruda la estación. Acudo porque el indigente tiene frío. Acudo porque el toldo de verdura no sombrea ya el techo de tu cabaña.

* *

«Suplico siempre y nunca ordeno; profesando cariño a todos los hombres, dejo satisfechos a aque-

llos que dan y llevo la alegría a los que reciben.»

* *

Caridad, modesta y augusta, te hizo participante el Señor de lo que tiene de celeste el ángel y de lo que tiene de cariñosa la mujer.

* *

Sobre el abandonado lecho del anciano inclina su graciosa frente, y no hay nada tan hermoso como ella en el mundo entero.

* *

Como cuando estrecha entre sus manos divinas los pies desnudos de los niños y calienta su pecho entre sus rodillas.

* *

Va de tugurio en tugurio llevando el regocijo a los pobres, ofreciéndoles vino, pan, aceite y aliento para sufrir los sinsabores de la vida.

* *

Sobre todos, ama de todo corazón a los débiles desgraciados, a los que ciñen la triple diadema de la inocencia, de la pobreza, y de la pequeñez.

* *

Porque son mejores a esa edad que nosotros los mayores; además

del pan de que los nombres necesitan, les da el beso que hace falta a los niños.

* *

Mientras socorriendo su nombre comen llorando ese pan, en la calle los guía por la mano, para que no les atropellen los transeuntes.

* *

Y si en estos instantes pasa por su lado algún rico, lo atrae hacia el niño, tirándole suavemente de la ropa.

* *

Después, por los niños ruega también a la multitud de corazón duro, a la multitud que, cuando se la suplica se escapa como el agua que huye.

* *

Desgraciado el ser impuro que canta alegremente, mientras el aquilón sopla sobre el pobre niño acurrucado en el umbral de una puerta.

* *

—«Es espectáculo triste y fatal ver que, mientras en la morada de los opulentos arden luces y fuegos en los salones preparados para el festín, los pobres tiritan de frío bajo un techo lleno de goteras.

* *

»Dadme para que yo pueda dar. Tengo en mi nido pájaros desnudos. Dad, malvados, para que Dios os perdone; dad, hombres buenos, para que Dios os bendiga.

* *

»¡Dichosos los hombres caritativos! El que da a los pobres presta a Dios. El beneficio que se hace consuela el alma y nunca se echa en olvido por completo.

* *

»¡Dichoso aquel que recoge en su casa por la noche al pobre y abandonado niño que llora, como recoge el avaro una moneda de oro!

* *

»Conquista un verdadero tesoro aquel que consigue que un grupo de niños, que encontré llorando, recen por él a Dios y se queden sonriendo con alegría.

* *

»Los bienes que doy al que me ama, Dios no consentirá que los pierda; el oro que se siembra en la mano del pobre, el rico lo cosechará centuplicado en el cielo.»

aunque sabe que es frágil, no quiere que se rompa.

* *

Pobres, ya brille o ya desaparezca el verano, nunca desesperéis; el Dios que sufrió y que gobierna el universo dirige sus pasos por el sendero en que vosotros camináis.

* *

Para vestiros se desnuda, y es bueno hasta para el hombre perverso, que, como el metal lleno de moho, se endurece en el mal.

* *

Es tierno hasta cuando apura toda la hiel por salvar al impío, que le insulta sin temerle. No es águila altiva ni soberbio león; es cariñoso y compasivo cordero.

* *

Cuando arrastramos una pesada cadena, la rompe eslabón tras eslabón. Para el espíritu es una paloma y para el corazón es un cordero.

* *

Los que arrastráis una vida de sufrimientos, esperad, que él os ve y lo sabe todo, y el día de la justicia encontraréis la recompensa.

* *

Es el Dios del Evangelio; tiene en sus manos vuestro corazón, y

* *

Cuando el verano desaparece, cuando llegua el invierno sombrío hasta a través del cielo que llora, se adivina su sonrisa eterna,

Porque sobre los que sufren, en invierno, en verano, de noche y de día, de diferentes urnas Dios derrama los arroyos balsámicos de su cariño,

* *

Y su bondad inagotable ofrece a la humanidad los pechos de las dos cariñosas madres, la naturaleza y la caridad.

11 de febrero de 1837.

VI

—«Disfrutemos de la vida, exclaman en su loca embriaguez; sentémonos a la mesa y apuremos los placeres del festín; no nos importe en qué surcos sembremos nuestros gustos; como somos ricos, hemos de derrochar nuestra riqueza; como somos jóvenes, debemos derrochar la vida.

* *

»Cierra esa Biblia, joven religioso; abandona el colegio y la

Iglesia y ven con nosotros a nuestro palacio; rebotando alegría en él, servidos por cien criados, reímos, bebemos y cantamos, y no sólo no ofendemos a Dios, sino que le permitimos que nos muestre se cielo azul por entre los arcos de nuestros pórticos.

* * *

«¿De qué te servirá consumirte en el estudio? ¿Sabes qué dirán de ti las hermosas de ojos tiernos, cuya sonrisa vale un trono?—Te llamarán joven inútil y se burlarán de ti, lamentando que te empeñas en que tu rostro se vuelva amarillento como tu libro.

* * *

«Nosotros vivimos entre mujeres hermosas, entre fiestas y conciertos; gozamos de placeres desconocidos para la multitud, cuando en la orquesta la música tan pronto asciende, tan pronto baja, ya se extiende en ondas sonoras, ya vuela convertida en polvo armonioso.

* * *

«En estos tiempos los hombres hacen intervenir en todo a la música y a los cantos. Por esto, amigos, nos entusiasma la guerra, noble diosa en la que todos soñamos cuando somos niños, y que hace resonar a la cabeza de sus legiones los claires que tienen la boca de metal.

* * *

«¡Oh reyes! para vosotros reservamos la guerra y para nosotros reservamos los placeres; vivid para satisfacer el orgullo, como nosotros para satisfacer nuestras pasiones. todos tenemos nuestros prosélitos; a vosotros os temen y a nosotros nos aman; a vosotros os pertenecen los imperios, a nosotros los gabinetes perfumados; a vosotros los hombres y a nosotros las mujeres.

* * *

«Nos dan lástima los sacerdotes, los magos, los doctores y los sabios; pobres soñadores, que pretenden explicar el misterio tras el que se oculta el Eterno, ya descifrándolo en un libro, ya sentados por la noche sobre la techumbre de los palacios, deleitando estrella tras estrella.

* * *

«¡Nos reímos de esos locos que buscan el centro del globo obscuro del cielo! Sólo es real en el mundo lo que el hombre tiene en la mano; preferimos a su santa felicidad los placeres malditos; trocamos por una hermosa Eva su incierto paraíso y su estrellada bóveda por una manzana.

* * *

«¿Qué vale la ciencia comparada con el amor? El invierno pro-

VII

A VIRGILIO

duce la nieve y el sol la luz del día. Amemos y cantemos, sin hacer caso de palabras vacías de sentido; preferimos a los discursos lacrimosos el choque de las copas de oro, a las caras de los sabios las fisonomías de las hermosas enloquecidas.

* * *

«Naturaleza, bebemos de las corrientes que de ti fluyen; nos apresuramos siempre a gozar a expensas del pensador prudente, que opina de otro modo, y sólo nos ocupamos en aceptar todos los bienes, sin elección alguna, y en convertirlos en un mundo de placeres. Dios, por su parte, que obre como quiera.»

* * *

Entretanto, el sabio, que conoce el destino del hombre en el mundo, recoge con tristeza las migajas del festín, mientras los que así acaban de hablar se entregan a la embriaguez de la orgía; y repartiendo el pan entre los pobres olvidados y los indigentes afligidos, les dice:—«Rogad a Dios por esos hombres que cantan!»...

4 de marzo de 1837.

¡Oh Virgilio, oh poeta, oh maestro mío divino! Ven, salgamos de esta ciudad de murmullo vano y siniestro, dejemos esa ciudad gigantesca, dejemos a Lutecia, que era tan insignificante en tiempo de tus Césares, y que lanza ahora, bajo el brillante nombre que hoy el mundo le da, más claridad que Atenas y más ruido que Roma.

* * *

Para ti, que hiciste, como en los bosques cae el agua del cielo, caer de hoja en hoja tus versos misteriosos; para ti, cuyo pensamiento llena mi fantasía, he encontrado un sitio pintoresco y sombrío entre Buc y Meudon, sumido en profundo olvido; he encontrado, caro poeta, un puro valle situado entre dos collados deliciosos, retiro agradable para los amantes que deseen ocultarse, entre olas dormidas y entre espesas ramas, donde no penetran los rayos del sol que iluminan el bosque, fresco asilo donde impera la sombra.

* * *

Para ti lo busqué una mañana en que, alegre y satisfecho, vaga-